

rética, de parte de la obra de don Miguel de Unamuno, con la Pastoral famosa de 1953; su postura inflexible ante la obra de don Benito Pérez Galdós; su irreductible línea en temas de moralidad pública, como la Pastoral sobre el turismo de 1964; su brillante alegato sobre la libertad religiosa, en el mismo año. Todas fruto de su concepto sobre la dignidad e independencia de la Iglesia”.

Dios escribe derecho con líneas torcidas. El quiso que un canario enamorado de su Iglesia, orador brillantísimo, polemista excepcional en la más noble acepción de la palabra polemista, no pudiera dejarnos escrita esa historia que tan bien conocía de aquel guipuzcoano que alcanzó las más altas cumbres de la oratoria, que brilló con luz propia en las Cortes de la República, que jamás se doblegó ante lo que creyó iba en desdoro del honor de Dios y de la dignidad de la Iglesia y que gobernó con amor y con firmeza durante muchos años la diócesis de Canarias.

Esta biografía inacabada es, ciertamente, una llamada apremiante para que un hombre que ame verdaderamente a su religión y a su patria —¡Ay, Gabriel, cómo se nota tu ausencia!— concluya este capítulo de una historia que es también inacabada, pues empezó hace dos mil años y sólo concluirá cuando el último de los españoles llegue a la Jerusalén celestial.

FRANCISCO JOSÉ FERNÁNDEZ DE LA CIGONA.

*A. del Noce, M. Occhiena, G. Zuanazzi y V. García Hoz: LA ESCALADA DEL EROTISMO (\*)*

Ediciones *Palabra* ofrece, en este libro, una colección de cuatro artículos —tres de ellos traducidos del italiano—, que pretenden proporcionar una información orientadora acerca de la problemática más profunda subyacente en el fenómeno de la ola de erotismo y de pornografía que sacude a Occidente, y que con tanta virulencia se manifiesta actualmente en España.

Si bien desde tiempos inmemoriales el erotismo constituyó una fuente de ingresos fáciles para algunos, es evidente que este proceso ha adquirido en nuestra época dimensiones formidables debido a la actuación de causas concomitantes. Entre ellas podríamos señalar el erotismo entendido como ideal de libertad y cuyo teórico más destacado fue Wilhelm Reich, que en su libro de “La Revolución Sexual” enuncia sin rodeos el problema: “entender el deseo sexual orientado al servicio de la procreación es un medio de represión de

(\*) Madrid, Ed. «Palabra», 1975.

la sexología conservadora. Es una concepción finalista, y por tanto idealista. Presuponen fines que deben ser necesariamente de origen sobrenatural. Introduce un principio metafísico y por eso mismo pone de manifiesto un prejuicio religioso o místico"; podríamos añadir la moral kantiana, el positivismo cientista y la enseñanza de Lenin: "Cuando queremos destruir una nación, lo primero que hacemos es destruir su moral. Es entonces cuando esa nación nos caerá en el regazo como un fruto maduro".

Todas estas causas han confluído en la corriente pedagógica basada en el axioma de que la mayor parte de los problemas humanos tienen su origen en el desarrollo de la vida sexual, por lo que los responsables de la educación a todos los niveles deben combatir la ignorancia sexual, facilitando la más prolija y detallada información y eliminando al afecto todo principio de coacción—la moral represiva—, trasunto maniqueo escondido en las normas morales tradicionales.

Cuando estos principios han sido aceptados, se revisan los conceptos de moralidad, tales como pudor, modestia, castidad, etc., relativizándose los mismos a las exigencias estadísticas de una sociedad cambiante y diluyendo progresivamente la noción de responsabilidad y de libertad moral.

Así, los defensores de la llamada "nueva moral" racionalizan el desordenado uso de los instintos más bajos de la naturaleza humana, atribuyendo a la imperfección del hombre y a los condicionamientos de la sociedad el desenfreno de las pasiones, sin que desgraciadamente falten tampoco en el campo católico quienes se apresuren a tranquilizar unas conciencias —según ellos— injustamente turbadas y a juzgar como materia leve las faltas cometidas en este terreno.

En contra de todas estas desviaciones que parecen anunciar una involución hacia el paganismo, la moral católica ha dado una respuesta desde la profundidad de la ley natural a todos estos temas. La Iglesia ha mantenido siempre la bondad natural del sexo y del matrimonio, obra de la providencia Divina para perpetuación del género humano. Mas el sexo se ordena al matrimonio de modo primario y esencial, y el uso de la facultad sexual fuera de este ámbito constituye una falta clarísima al mandato Divino. En este sentido son abundantes los textos del Nuevo Testamento: la impureza en todas sus formas excluye del Reino de los Cielos. De aquí la gravedad del pecado de escándalo que constituye la pornografía, al exponer a los más débiles y, en especial, a los más jóvenes, al pecado de impureza. Para el ejercicio de la auténtica libertad recuerda la Iglesia el valor de la virtud de la castidad dentro y fuera del ma-

trimonio, la necesidad de mortificar los apetitos, de huir de las ocasiones y de la gracia para la justificación.

"El erotismo es una de las consecuencias de la pérdida de la Fe, del sentido religioso y trascendente de la vida, del fundamento de la moral. Pero es también por eso mismo un medio para combatir esa fe y ese sentido y ese fundamento moral; es un arma hábilmente utilizada, no sólo por los mercaderes de la pornografía, sino fundamentalmente por los que quieren destruir el cristianismo" (página 37).

\* \* \*

En el artículo medular de la obra, el profesor A. de Noce descubre en la obra del médico austríaco Wilhelm Reich, "La Revolución Sexual", publicada en Viena en 1930 por primera vez, al padre y expositor más coherente de la revolución sexual. Bastante próximo a la filosofía marxista, Reich sustituyó las características de burguesía y proletariado por las de defensores de la moral represiva y por los de la libertad sexual; y con una coherencia lógica rigurosa muestra que no es posible el compromiso entre la moral tradicional —léase católica— y la liberación sexual. Al buscar la institución social represiva por antonomasia, afirma con claridad que ésta es la familia monogámica tradicional, inseparable de la idea de tradición y, por tanto, de la orden. En este punto se aproximaba al marxismo, por cuanto aceptaba la raíz económica de la familia en la sociedad precapitalista; sin embargo, sostenía que ésta se había convertido en un factor político que servía de pilar a todas las estructuras conservadoras, por lo que sólo convirtiendo en revolución sexual la revolución marxista, se lograría verdaderamente la revolución total.

Una vez suprimido todo orden de fines y jerarquía de valores, no quedaría sino la energía vital identificada con la sexualidad; a través de la absoluta e ilimitada libertad sexual; el hombre se liberaría plenamente de sus neurosis, de sus instintos agresivos y entonces la humanidad conocería una auténtica era de paz y felicidad.

Esta visión distaba bastante del marxismo ortodoxo, en tanto que éste no podía aceptar como motor y fin de la revolución el vitalismo sexual; por el contrario, los marxistas consideraban la idea de revolución sexual tal y como la exponía Reich, como uno de los síntomas más claros de la decadencia burguesa. Las simpatías entre Reich y el marxismo se enfriaron al implantarse la moral staliniana —represiva en materia sexual— lo que hizo que el médico austríaco anunciara que paradójicamente, la sociedad anglosajona con su libertad sexual era una sociedad más revolucionaria que la misma soviética. Aunque esto no impidió que Reich muriera en 1957 en una penitenciaría norteamericana víctima de la moral de esa sociedad.

Si bien en la obra de Reich estaban contenidos ya todos los postulados de la "Revolución Sexual", no encontraron un campo fértil para desarrollarse y ganar influencia en la sociedad europea. Fueron otros caminos por los que las mismas ideas ganarían terreno en la postguerra y que explotaron definitivamente después de 1960 en los países escandinavos y de ahí al resto del mundo.

A juicio de Del Noce, los primeros años de la postguerra se caracterizaron en la Europa Occidental por dos actitudes intelectuales: la primera, el gran terror al comunismo, acompañado por otro gran terror: el de un despertar religioso. En vastos estratos sociales surgió el problema de encontrar en la sociedad civil una fuerza capaz de contrapesar el crecimiento del poder político de los católicos. En segundo lugar surgió la idea de que el triunfo del nazismo mostró que se había consumido definitivamente la vieja Europa, ya que no podía enunciar valores positivos que habían sido superados por los hechos en las dos guerras mundiales. Los valores de antaño quedaban atrás y el sentido del progreso imponía unos nuevos.

Estas ideas son asumidas conscientemente por grupos de intelectuales opuestos radicalmente al cristianismo, y que encontrarían en los enemigos seculares de éste una calurosa aprobación que les aseguraría un gran impacto social. Quizá el caso más representativo sea el del surrealismo.

El surrealismo, que va mucho más allá de ser una simple corriente artística, es una actitud vital total, que pretende representar la plenitud de la idea revolucionaria en su aspecto primario de romper radicalmente con el pasado y comenzar una historia nueva. Su mayor teórico, André Breton, podía resumir su programa en vísperas de su muerte al siguiente: "destruir definitivamente la abominable noción cristiana del pecado, de la caída original, del amor redentor, para sustituirlo con toda certeza por la de la unión divina del hombre y la mujer ... Una moral basada en la exaltación del placer borrará más pronto o más tarde la moral innoble del sufrimiento y la resignación, mantenida por los imperialismos sociales y por la Iglesia. A la tiranía del hombre sucederá ... un reino de la mujer" (pág. 65).

En el manifiesto colectivo de 1947 los surrealistas arremetían, en primer término, contra el secular enemigo, el cristianismo, el que había logrado adoptarse infinidad de veces hasta sobrevivir a las sucesivas clases que lo explotaban. Los cambios en las revoluciones económicas no habían podido destruirlo, y su moral basada en el decálogo entregado a Moisés en el Sinaí era un substrato permanente con el cual, tanto el capitalismo como el comunismo, habían pactado.

Aunque los marxistas de la época explicaban que se trataba de una aceptación sólo provisional, en tanto se producía la revolución económica que implantaría la nueva moral, los autores del manifiesto se mostraban escépticos respecto al hecho de que la transformación de las normas morales pudiera realizarse únicamente por medio de cambios en la estructura económica.

Los autores del "Manifiesto" señalaban al marxismo y al trotskismo el peligro de quedarse a la mitad del camino de la revolución, y concluían: "Consideremos otra vez las costumbres, objeto de nuestra preocupación más constante: sería absurdo contar tan sólo con la revolución política para cambiarlas ... Estos teóricos (los sucesores de Marx) no han denunciado nunca la moral actual, a no ser cuando al hacerlo preveían un provecho político inmediato. Sade y Freud por el contrario, han abierto el camino. Cualquiera que sea la doctrina que deba suceder al cristianismo, vemos en Sade y Freud los precursores de su Etica" (pág. 66).

Los surrealistas se negaban a participar en la oposición izquierdista al comunismo, indicaban que "sus esfuerzos tenderán a hacer triunfar las mismas reivindicaciones y a acelerar la liberación del hombre por otros medios". La "vanguardia" artística actuaría sobre las costumbres, desarraigando de la conciencia burguesa los prejuicios que constituían un "dique" frente al comunismo, en tanto que los comunistas confirmarían su lucha por el poder liberados del arduo problema de pronunciarse respecto a la moral tradicional. Se arribaba así a la idea de Reich de completar la revolución marxista con la revolución sexual.

Las posturas ideológicas elitistas del arte de vanguardia llegaron a la gran masa a través de la difusión del psicoanálisis bajo su aspecto desacralizador, de lucha contra los mitos y los tabús; todo cubierto bajo la capa del positivismo cientista. El cine y la literatura divulgaron estas concepciones, rechazaron los valores tradicionales y desembocaron en la aceptación de la nueva moral sexual.

En el campo de la cultura, filósofos e historiadores de orígenes no católicos iniciaron un movimiento de continuidad iluminista entre el liberalismo y el comunismo. Partiendo del liberalismo más crudo, insistieron en la crítica al liberalismo por su alianza con el romanticismo y por no llevar a sus últimas consecuencias en materia moral sus postulados. Del marxismo criticaron su aspecto represivo, sus graves carencias respecto a la revolución moral y cultural plena. Antonio Gramsci podría ser uno de estos intelectuales, resucitado en Herbert Marcuse en nuestros días.

Así quedaba preparado el ambiente para la aceptación de la nueva moral: en el terreno intelectual laico, en el arte de vanguardia,

en la industria de la cultura y en la política cultural de los filósofos y los historiadores. La nueva burguesía de orígenes independientes de los valores tradicionales o contraria a ellos, el neocapitalismo que veía en la felicidad sexual un escape contra los peligros revolucionarios, el acceso al poder en los países escandinavos por la Social-Democracia simpatizante del cientismo positivista y la complacencia comunista en la degradación moral de los países capitalistas; lograron en su conjunto la aceptación de la nueva moral sexual y su consiguiente oleada de erotismo.

A la vista de estos hechos, Del Noce afirma que "la batalla decisiva contra el cristianismo no podía ser planteada más que en el plano de la revolución sexual. Y por eso el problema de la sexualidad y del erotismo es hoy, desde el punto de vista moral, el problema fundamental". El problema de la pornografía no es el de un consumo mayor en una 'sociedad de consumo' de un artículo cualquiera, sino el signo de un cambio en un juicio de valor: con el erotismo se afirma como valor lo que hasta ayer había sido considerado como contravalor; hay una condena en cierto modo moral del pudor como algo anormal.

Frente al fenómeno del erotismo —apetencia sexual— en el mundo occidental, existe una tesis peligrosa en muchos ambientes católicos. Según ella, en el mundo no comunista no existiría sino un gran vacío vital que la juventud buscaría llenar con nuevas experiencias, y en consecuencia, con el sexo y la droga. Pero esta tesis es falsa; la revolución sexual no existe porque los jóvenes estén vacíos, sino porque están llenos de los motivos ideológicos que se han citado. El hecho del avance sin obstáculos del erotismo muestra una vez más lo que tanto se ha repetido en estas páginas: "Las ideas mueven a los pueblos".

El artículo termina destruyendo la ilusión de una correlación entre la revolución sexual y el pacifismo. El mayo del 68, en Francia, demostró la explosividad de la mezcla Freud-Marx, aceptadas las críticas surrealistas al marxismo y viceversa, se llega a la práctica total de la revolución, por la cual el erotismo entra en una pendiente de un negativismo total, referido no solamente a la civilización y a los valores, sino aun a la misma realidad. Esta corriente desbordada lleva al anarquismo y, finalmente, a un nihilismo demoníaco de revolución contra la misma realidad y contra el mismo hecho de la creación manifestado en la búsqueda de un mundo surreal a través de los alucinógenos y en las más violentas manifestaciones desacralizadoras y blasfemas; estamos así frente a la "violencia permanente" que supera a la "revolución permanente".

El erotismo no puede identificarse con el pacifismo; el deseo

erótico presupone la disolución relativa del ser en el orden individual, la destrucción de la estructura del ser cerrado en sí y que proporciona el sentido de lo obsceno. Obscenidad significa desequilibrio, salida de la condición de los cuerpos que tienen dominio de sí (skéne); su principio es el de la descreación opuesto al de la creación, de aquí nace su carácter sacral, de subversión de lo sagrado, de religión al revés, *simia Dei*. No es una casualidad su necesaria conexión con la demonolatría; basta considerar el enorme interés por el satanismo, las ceremonias secretas, etc., que se manifiesta en los mismos países vanguardistas en el campo de la revolución sexual.

Este carácter realmente demoníaco del erotismo es el que explica su presencia en la gran mayoría de las religiones paganas, donde la orgía es la vertiente nefasta de la religión, que exige el frenesí, el vértigo y la pérdida de la conciencia, en contraposición con los actos fastos, majestuosos y conciliables con el orden y la naturaleza.

El certero análisis de Augusto del Noce sobre los orígenes ideológicos, sociales y políticos del fenómeno del erotismo contemporáneo es, sin lugar a dudas, una importantísima contribución para esclarecer las fuentes del problema de la pornografía y del erotismo en su conjunto. Lo que constituye un elemento primordial para una eficaz acción que se le oponga. En su concepto, la permisividad de la pornografía, lejos de significar respeto a la libertad de pensamiento, entraña una ofensa a éste, porque sustituye el raciocinio por el empleo de poder irracionales. El "totalitarismo, contemplado en su carácter de fenómeno nuevo —irreductible a las pasadas formas de tiranía— nace precisamente de la corrupción de la democracia; es decir, de las concesiones que por una falsa idea de libertad hacen las democracias a las presiones sobre lo irracional" (pág. 89).

\* \* \*

El trabajo de M. Occhiena presenta la condena de la pornografía desde el terreno de la ley natural. En el terreno de lo moral hablaríamos del pecado de escándalo, que en forma tan inequívoca y terminante condenó Jesús. En el terreno de lo jurídico y lo penal, la pornografía es una auténtica instigación a delinquir, por cuanto exalta la blasfemia, la ofensa a la religión, la exaltación del sadismo, el homosexualismo, el adulterio y propicia la corrupción de los menores. Escandalizar es instigar al mal, es una acción psicológica que cuanto más sugestiva es, tanto más se acerca a la gravedad de la auténtica violencia moral. El escándalo a personas que por su edad o su salud tienen una mayor debilidad psíquica, es una grave injus-

ticia, y se constituye en una hecatombe de embrutecimiento personal y social.

Los ataques al pudor como un tabú, pretenden ignorar el profundo sentido moral de esta virtud. El pudor no es precisamente la vergüenza ante la desnudez, sino una turbación debida al repentino y consciente prevalecer de la animalidad sobre la personalidad propia o ajena causado por un estímulo objetivamente inoportuno, y más que ningún otro, de carácter sexual.

Nace y crece con el desarrollo y la afirmación de la propia consciencia personal, con el nacimiento y la maduración de la propia responsabilidad personal. Es una ayuda habitual, preciosa e insustituible para el equilibrio moral; una objetiva y armónica componente psíquica de la personalidad. Es un elemento orgánico del sentimiento moral resultante de la conciencia moral y de la libertad de elección. Su misión es la guarda de la libertad interior.

Condenar la pornografía como cualquier otra manifestación objetivamente impúdica y obscena, significa hacer una elección de la más alta forma de la libertad: la libertad interior.

\* \* \*

G. Zuanozzi cuestiona la utilidad de la pornografía para una educación sexual que apunte hacia el desarrollo de la personalidad entera. La sexualidad, ya sea en el plano psicológico, ya en el biológico, es una superación del "yo" y el encuentro con "el otro". La madurez sexual consiste en la capacidad de llevar a cabo una elección, de vivirla y renovarla en un acto de amor.

La pornografía es la exaltación de la sexualidad sin el amor, el entronamiento del egoísmo a través del uso del otro. La sexualidad que se produce es la posesiva, opositiva o competitiva, sin llegar jamás a la oblativa que es característica del amor. La emancipación sexual de las revistas se convierte así en regresiva, y el peligro es mayor mientras menores son sus víctimas.

La prensa y los espectáculos envían, cada vez, mayor número de estímulos al público, que se va paulatinamente insensibilizando y va piendo más, pues el umbral de la sensibilidad se eleva. Así se da paso al paroxismo del sexo, el sexo y la violencia, el sexo y la droga o incluso las perversiones del sexo. Y si quedan escrúpulos, allí están las teorías freudianas para que revestidas de ciencia tranquilicen las conciencias. Mas si observamos el panorama del comportamiento sexual hoy, veremos que los más profundos impulsos se sobreponen al yo, los hombres han retrocedido al estadio de autómatas dirigidos por el cine y la prensa, son víctimas de esos estereotipos y están constreñidos a un comportamiento repetitivo de marchamo



infantil. El amor ha quedado reducido a un simple juego entre estímulo y satisfacción, al que por ley biológica sigue la saciedad, y además están el hastío que amenaza el amor sexual, la frigidez y la rivalidad de los sexos. Ante este desolador panorama de "libertad sexual", los jóvenes, privados de modelos válidos a los cuales referirse, están plenamente desorientados.

\* \* \*

El epílogo de la obra lo ha escrito Víctor García Hoz, en el que expone cómo en muchas ocasiones, que la raíz del problema de la educación sexual se halla una confusión doctrinal que hay que deshacer: a) el problema sexual no es un asunto puramente biológico, y b) la educación sexual no es un tipo de educación que pueda realizarse con independencia de otros aspectos educativos.

Los padres deben formar a sus hijos una recta conciencia basada en la certeza de la presencia de Dios en su vida, la educación de la afectividad y de la sexualidad elevada por el misterio del amor. Y para completar la enseñanza, es precisa la participación del educando y su esfuerzo personal en una lucha ascética, que implica un esfuerzo del joven por dominar sus apetitos y conducirlos a sus fines, contando para este propósito con el auxilio de medios naturales y sobrenaturales. A los primeros pertenecerían la Mortificación de los sentidos, el pudor y la modestia y la lucha diaria contra la tentación. Los auxilios sobrenaturales son la oración y los sacramentos, el aprecio del cuerpo como templo del Espíritu Santo, el afán de Apostolado y la intercesión fecunda de los Angeles y en especial de la Virgen, la llena de Gracia.

La actuación educativa de los padres, en el aspecto sexual como en cualquier otro, radica fundamentalmente en la comunicación; comunicación en el más alto grado que incluye no sólo las conversaciones, sino aquella que desborda las palabras y que es aquella que irradia la conducta misma de los padres. "El amor y el respeto de los padres entre sí son una lección constante para los hijos, sobre la delicadeza que el amor exige y sobre el respeto que la mujer debe merecer al hombre y el hombre a la mujer".

\* \* \*

Creemos que las ideas aquí anotadas darán un ligero panorama del interés y palpitante actualidad de esta obra, y que son suficientes para que ella se recomiende a sí misma. Nosotros no hacemos sino confirmarlo.

E. M. D.